

JUAN REJANO

EL GRAN CAPITAN

Hazaña y símbolo de Gonzalo de Córdoba

México



I

UN ANDALUZ EN CASTILLA

Paisaje nativo

La tierra donde nacemos--sus ríos, sus montañas, sus árboles, sus valles-- vive siempre en nosotros, agarrada a la retina y al alma, por mucho que nos alejemos de ella. Es más: en ocasiones--en malas ocasiones--, cuando creemos que se ha roto el lazo que nos une a la tierra de origen, es la tierra la que se levanta, con todo su misterioso poder, y nos advierte del engaño en que hemos caído. Entre el hombre y la tierra hay una corriente, un influjo, que jamás muere. Conservamos, a lo largo de la existencia, su imagen, como conservamos de la madre--de la oscura edad de la gestación-- las huellas de la sensibilidad y de la ternura. Somos lo que la tierra es: ásperos o soñadores, impulsivos o prudentes. Y, a veces, todo ello en una misma personalidad, como también lo es la tierra.

Gonzalo de Córdoba fué un trasunto de la suya. Tuvo virtudes de largueza y de discreción. Fué un gran señor, por gozo del espíritu, y un hombre claro y cordial entre sus gentes, por imperativo del corazón. La elegancia acompañó su figura y sus actos; pero no hizo de ella un ejercicio de pedantería. Generoso hasta un límite extremado, su generosidad no se cubrió con la careta del egoísmo, sino que se repartió, como luz bienhechora, entre sus amigos y allegados, entre los humildes y los que le ayudaron a conquistar la gloria. Hizo de la lealtad un postulado vital, y no supo--no quiso--apearse de ella, ni cuando la tentación sonó en sus oídos, revestida de formas supremas, ni siquiera cuando la ingratitud vino a cerrar las páginas de su vida esforzada. ¿Es que la lealtad, la generosidad, la elegancia, la claridad de alma, el señorío, la discreción, no son raíces que alimentan el tronco grave y secular de Córdoba, la patria de Gonzalo Fernández? Pero hay más: el valor de que siempre dió muestras el conquistador de Nápoles, unido a aquella sabiduría genial para ordenar y conducir las batallas; la prudencia que refrenó--y maduró-- sus horas más arriesgadas y difíciles, ¿no son también virtudes que brotan a cada paso en la tierra cordobesa? No se olvide que, en el mote heráldico de la ciudad de Lucio

Sabiduría  
~~una~~

Anneo Séneca, se enlazan estas palabras: "Casa de guerrera gente, y de ~~una~~ clara fuente". La reflexión junto al impulso. Lo sentencioso y meditativo, al lado del coraje y de la audacia. El mensaje ~~una~~ español--hierro y llama--que Gonzalo Fernández de Córdoba dió al mundo, llevaba en lo más íntimo una recia fibra cordobesa.

XXXXXXXXXX

Los primeros años de Gonzalo van unidos al paisaje y a la tierra, de Córdoba. Nació en el castillo de Montilla, el 1º de septiembre de 1453. Montilla, ciudad de ásperas solanas y patios enjalbegados a la morisca, se recuesta sobre unas lomas suaves de la campiña bética. El caserío, breve y blanquísimo, levanta su cuello entre las mieses, los olivares y los viñedos, apenas sin un adarve natural en que ampararse. No la guarece, como a Córdoba--a escasas leguas arriba--la dura cresta de las estribaciones de Sierra Morena, ni a sus pies, como en La Puente--más al sur--, se abre un dilatado valle de aguas fragantes. Montilla, sola y señorial, labradora íntima de sus pegujales y de sus meditaciones, abre en los amaneceres sus puertas a trajinantes y labriegos, sin una sombra en el ceño, y las cierra a oraciones para recatarse en el descanso. Una sola nube enturbia su sueño, al perfilarse esta segunda mitad del siglo XV: aquellas lejanas sierras fronteras, aquella elevada línea de cárdenos trazos, tras de la cual habita el moro. Y entonces, sí; entonces, Montilla siente que el recogimiento y la soledad se le tornan ánima ardiente, y de su cerrado éxtasis, como fruta que madura al sol, saca fuerzas de aventura, nota que le nacen pies de nómada para lanzarse al trasiego de las armas, a la escaramuza, a la conquista.

Conquistar, arrebatat tierras, villas, fortalezas, al Islam, era el lema encendido de Castilla cuando la Reconquista se cifraba en una empresa enteriza, de ambiciosos alcances. Ahora--en estos años débiles y anárquicos, con un lastre demasiado cortesano en las espadas y un deseo de lucha intestina, de pugna feudal entre los bandos castellanos, más que de abierta batalla contra el mahometano--parece que el viejo lema se ha trocado en pendón de simples correrías, de meros encuentros parciales, de esporádicas incursiones al campo enemigo, y es

para sorprender que para dominar. Pero, aún en ese empeño menor, en ese incoherente impulso, que ya se prolonga demasiado y torpemente, Montilla entrega su brazo con tal decisión, que ni aquellos compañeros de armas que tiene delante --Cabra, Priego, Lucena-- le disputan su puesto en la vanguardia. Allí, tras de aquellas montañas-- se dice cada día-- está Granada, el último gran reducto musulmán. Allí he de poner las armas de Castilla. Y cada vez que vuelven sus hombres de alguna andanza por las tierras cercanas, al oír relatar una hazaña, en que los moros perdieron un lugar o abandonaron un botín, Montilla sonríe con la seguridad que da la fe voluntariosa.

Sonríe. Y la sonrisa se prende en la adusta fisonomía de su castillo, del solo centinela que la guarda embelesando la mirada en la hermosura de los campos maduros. El castillo de Montilla ya no es el viejo castillo derrengado por los siglos. Los señores de Aguilar y de Córdoba, sus moradores, decidieron, tiempos atrás, remozarlo, y las cansadas vértebras ya no lucen descarnadas al sol, ni hay indicio de sus profundas cicatrices. Una milagrosa juventud parece que ha renacido en él. En las mañanas limpias y soleadas, cuando comienza el rebullir de las labores de artesanía y reanudan su tráfico mercaderes y cosarios, se diría que toda la ciudad adouiere un ritmo más ligero, cobra una nueva vitalidad, bajo aquella lozanía inusitada de los vigilantes muros.

-reinando en Castilla Don Juan II-

En 1441 entró por sus puertas la felicidad, al contraer nupcias Don Pedro Fernández de Córdoba con doña Elvira de Herrera. Don Pedro acababa de heredar, en este mismo año, la jefatura de su Casa, por muerte de su hermano Don Alfonso, ricohombre de Castilla, que no dejó sucesión directa. Por esta herencia se reunían en él los ~~xxxx~~ ~~xxxx~~ señoríos de Córdoba, los de Cañete de las Torres, Paterna y Lueches, los de Aguilar de la Frontera, Montilla, Priego, La Puente, Castillo-Anzur y Monturque. Era, además, alcalde mayor y alguacil mayor de Córdoba. Doña Elvira trajo a las tierras andaluzas el pretigio y el linaje de los Enriquez, los Almirantes de Castilla. Era hija de don Pedro Nuñez de Herrera y de doña Blanca Enriquez, hija de don Alfonso Enriquez, Almirante mayor, descendientes ambos del ~~xx~~